

**UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS**  
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

# Descartes (historia de la filosofía)

TESIS para optar el Título de Licenciado

AUTOR:

**Barriga, Manuel Belisario**

**LIMA – PERÚ 1879**



Resumen .	1
<sup>1</sup> Descartes (Historia de la filosofía) .	3



## Resumen

Juzgando favorablemente por la historia, aplaudido por sus contemporáneos, venerado por sus descendientes, René Descartes matemático, filósofo y soldado es el nombre que luce con más brillo en el catálogo, ilustre de los modernos pensadores



# <sup>1</sup> Descartes (Historia de la filosofía)

<sup>2</sup> Señor decano:

Señores:

Ha querido la suerte que ocupe vuestra elevada tensión con el estudio de un filósofo profundamente simpático para la ciencia de hoy.

Juzgamos favorablemente por la historia, aplaudido por sus contemporáneos, bien venerado por sus descendientes, Francisco René Descartes matemático, filósofo y soldado es el nombre que luce con más brillo en el catálogo ilustre de los modernos pensadores. Y pesar de los progresos de la ciencia, del tiempo que ha transcurrido, y las innovaciones verificadas en edificio tan inestable, su filosofía es indudablemente la nuestra.

Examinando el cartesianismo encontraremos dentro de poco, el fundamento lógico de este triunfo difícil y envidiable.

Nació Descartes en la haya de Francia, el año de 1596, cuando precisamente expiraba uno de los siglos más aristotélicos que hubiera vivido la Europa, e hizo ver desde sus primeros años cuantas <sup>3</sup> esperanzas podían fundadas en el desarrollo ulterior

1

Inicio de folio 333

2

Inicio de folio 334

de su naciente ingenio. Niño aún ingresó en el colegio de jesuitas de la Feché donde estudió literatura y filosofía, sin que el aprendizaje de estas materias, ni aún el de las matemáticas antiguas, llevase su espíritu la satisfacción del convencimiento. Todo lo contrario, fue allí donde a los 17 años de edad, despertados ya sus facultades reflexivas y desquitado profundamente de lo entonces constituían la ciencia de las escuelas, empezaron a asaltarle los primeros gérmenes de lo que fue más tarde su sistema filosófico. Separado de la fleché, pasó Descartes algunos años en la vida agitada de gran mundo, describiendo como voluntario a las órdenes del príncipe Mauricio y el ejercicio imperial, estudiando las matemáticas, a que había cobrado una afición extremada, de fin abstrayéndose en sí mismo siempre que las circunstancias le permitían prescindir de los demás

Pero estas fluctuaciones transitorias de su manera de ser, fijaron irrevocablemente en el invierno de 1619. Hallándose de estación en Nenburg sobre el Danubio, su espíritu meditado y contemplativo le hizo pasar en revista el continuo error de los sistemas filosóficos, más falsos cuanto más expresionistas, y mentidos siempre bajo la capa de verdad evidente con <sup>4</sup> que pretenden cubrirse.

El espectáculo doloroso de pensamiento humano en lucha perpetua consigo mismo afirmando hoy para negar mañana, y proclamando un día como verdadero lo que después ha de rechazar tan ciego como antes, conmovió su espíritu hondamente, le hizo pensar de una manera formal en buscar por sí solo la verdad, sin el auxilio de madre ni de nada.

Para realizar su objetivo con la preparación debida, viajó diez años por el continente observando a los hombres y deteniéndose en las cosas con la mirada hábil de quién iba a juzgar sobre unos y otros. Al cabo este tiempo y estimando necesaria su separación temporal del aturdido bullicio de la capital francesa, donde se encontraba, para recogerse en sí mismo y dar forma a su doctrina, marchó a Holanda casi en secreto, donde durante ocho años funcionó febril la actividad es espíritu completamente libre de las rémoras sociales.

Fue todavía en 1637 cuando vio la luz la primera de sus obras filosóficas, "discurso sobre el método", a la cual siguieron bien pronto las "meditaciones de prima philosophía" y los "principios de filosofía" publicados respectivamente en 1641 y 44, ambos en latín.

<sup>5</sup> La aparición de estas obras levantó en el campo de las ciencias una verdadera tempestad; declarándose desde luego al centro de los principios en ellas contenidos, la mayor parte de los filósofos de entonces. Carter, Mersene, Hobbes, Arnauld, yassendi, Bourdin y numerosos anónimos organizaron siete series de objeciones encaminadas especialmente a negar la inmaterialidad del principio que piensa, a los cuales Descartes respondió vigorosamente, aunque sin sacar de sus premisas la posible conclusión. Así, nos redujo la inmortalidad del alma de su inmaterialidad y se contentó con decir que "*en*

---

<sup>3</sup> Inicio de folio 335

<sup>4</sup> Inicio de folio 336

<sup>5</sup> Inicio de folio 337 (1) Hallam



*virtud de la diferencia intrínseca que existe entre el alma ni el cuerpo, la disolución del uno no llevaría consigo la necesidad de que la otra dejase de existir, sino que tocaba a Dios decidir si debía continuar y esto sólo podía saberse por la revelación" (1)*

Estas controversias fueron la señal ostensible de un mucho ya muy antigua entre las escuela sensualista e idealista, siendo como era imposible la conciliación de dos sistemas que definían el alma de distinto modo. En esta lucha cúpole a Descartes la gloria de haber popularizado más que otro alguno la verdad de su doctrina que aún desconocida de tiempo atrás hallábase en <sup>6</sup> Europa completamente olvidada aún por aquellos que deberían haberla sostenido más que el mismo, refiero a los PP de la iglesia.

Pero es tiempo debe exponer a nuestras consideración los principios fundamentales de tan impugnado sistema, invirtiendo en algo de orden que le da su autor, para mejor servir a la claridad ontológica.

Alguien ha creído que el cartesianismo es sólo un método, combinación hábil de las reglas de las lógicas. Es necesario reconocer sin embargo que es un verdadero sistema de filosofía, el más completo tal vez, en cuanto encadena rigurosamente con la verdad de la causa y la de sus efectos cósmicos.

Dudando Descartes de la exactitud que encerraran las creencias filosóficas de su tiempo entre, encontrando falsas las que le habían precedido; demostrando por otra parte que los sentidos engañaban tanto como la razón; y sin pruebas que garantizaran los datos de la conciencia, llegó a preguntarse sino la vida una ilusión continuada, y si sus numerosos fenómenos no correspondían a los estremecimientos vagos de un largo sueño a cuyo termino, como a su principio no existía de verdad ni la <sup>7</sup> apariencia de haber soñado. Para responderse comprendió que era necesario investigar la realidad, absoluta o relativa de todos los fenómenos del alma, tratando de mano por un momento el dogmatismo que figuran en la portada de todas de ciencias; que era necesario llamar a juicio todos los objetivos, todos los hechos, todas las relaciones, que forman el mundo, para ver si alguno de ellos ofrecían al entendimiento el asidero que buscaba. ¿Quién le decía que el mundo de la materias no fue algo más que un sueño? ¿Y qué podía demostrarle a priori que los mismos fueron más verdad que los objetos sensibles? Después de todo, no podía un ser superior suficientemente poderoso y maligno, de crearse en nuestro engaño induciendo unos conscientemente en el error.

Preguntarse todo esto era abandonar resueltamente la cuestión de la certeza cómo punto primero de su sistema. Y éste es efectivamente el lado característico de filosofía cartesiana. Arquitecto celoso de la solidez de su obra, asegurarse antes de levantarla, de la bondad del conocimiento. Filósofo independiente, adversario formidable del aristotelismo escolástica, desprecia profundamente la herencia especulativa de 20 siglos y empieza dudando <sup>8</sup> porque éste es el solo medio de acabar creyendo. Y como deseaba abarcar en su poderosa inteligencia el objetivo universal, para saberlo todo, todo lo

---

<sup>6</sup> Inicio de folio 338

<sup>7</sup> Inicio de folio 339

<sup>8</sup> Inicio de folio 340

sometió al análisis de su duda.

Pero hubo un momento en que a los golpes de su escalpelo resistió el granito, el filósofo ensayaba la de su existencia. Habiendo aniquilado especulativamente la realidad de cuanto le rodeaba, probó a aniquilarse él mismo y halló que era imposible es junto con la duda como todas las funciones del espíritu, arguye el ser del ser que duda, es que preguntarse Descartes: ¿quién es quién piensa? Tuvo que concluir: Yo, luego, yo existo.

Tal es la manera como para de la duda a la certeza: *cogito ergo sum* y tal es también su principio fundamental que aunque expresado bajo la forma de un entimema, no es, como veremos, en su lugar, más que la consignación de un hecho de conciencia.

Cierto ya de la existencia de algo, subió Descartes buscando la causa de esta existencia hasta la idea de Dios. He aquí como.

Tengo en mi, decía, la idea de un ser inteligente, eterno, infinito, omnipotente y necesario. Esta <sup>9</sup> idea no puede haberme venido ni de mi mismo, ni de la contemplación de los objetos exteriores, ajenos unos a otros a la excelencia de estos atributos, e incapaz por consiguiente de causar lo que no son. Y como es forzoso reconocerle una causa, y como en ella debe existir todo lo que hay en el efecto, síguese, que es evidente la existencia del ser perfecto. Debiendo advertirse que la dificultad no se suelta admitiendo como causa un ser posible, que en este caso no se distinguieron de un simple no ser.

Descartes se complace notablemente en este argumento reforzándolo enseguida para deducir de una segunda prueba. Si se negará la verdad de lo que ha concluido, llegaría el caso de preguntar si con esa idea de Dios había podido existir por alguna causa que no fuese Dios. No por sí, porque se había dado todas las perfecciones cuya idea tenía, ni qué puede argüirse limitación de poder, pues quien se da la existencia que es la primera de las perfecciones, puede fácilmente darse las demás. No por sus padres, que se hallaban relativamente en el mismo caso y general, no por ninguna otra causa segunda, porque respeto de ellas habría que reconocer que pudo ser primera. <sup>10</sup> Además para comenzar se necesita tanto poder como para crear, y en efecto que existe continuamente, supone la acción continua de la causa productora.

Esta demostración es en verdad concluyente, tanto como puede serlo tratándose en el existencia de Dios. La única objeción que puede oponerse es seriamente es la de una continuación al infinito de causa segundas, respectivamente productoras, constituyentes todas ellas pero bastantes por sí solas para explicar la existencia actual del mundo y sus relaciones. A esta dificultad responden sin embargo los racionios de CLARKE, reproducidos por BALMES en su notable obra de todos conocida, por los cuales se ve cuanta contradicción encierra el reconocer la existencia de causas eficientes para los términos de la serie de causa segundas y no reconocer de una causa externa que determine la existencia de la serie misma. Supuesta la realidad desde ab eterno de una sucesión de series todas ellas constituyentes, sin que no exista fuera de ellos capaz de

---

<sup>9</sup> Inicio de folio 341

<sup>10</sup> Inicio de folio 342

impelerlos al existencia, no se concibe porque estos seres, pudiendo con idéntica razón haber o no existido, hayan sido determinados más bien a la existencia, ni la acción de otro elemento que el puro nada. Esto prescindiendo de que la serie supuesta es imposible en sí misma, por cuanto lo es admitir la creación de un ser por una causa segunda. Las causas segundas pueden todo producir<sup>11</sup> modificaciones, pueden dar existencia a fenómenos o accidentes; pero no a una sustancia. Para explicar la creación de estas es forzoso acudir desde luego a una causa primera y he aquí como el primer paso es imposible continuar en la cadena de las causas. Por lo demás, Descartes no profundizó la cuestión bajo este punto de vista, insistiendo las nociones de tiempo y existencia, y, así decía: "está muy patente que en este caso, no puede haber progreso al infinito, en vistas de no haberse tanto de la causa que me ha producido en otro tiempo, como de la que al presente me concierna.

A este argumento profundamente metafísico, unió otro que lo es más todavía y cuya prioridad de concepción no le pertenece. Ved aquí su síntesis. Tengo en mí la idea del ser perfectísimo; pero esta idea es tal que cuando en sí la de la existencia necesaria como una cualidad intrínseca a su naturaleza, luego puedo deducir con verdad que Dios existe. Bajo la forma silogística Descartes la exponen así:

"Decir que algún atributo está contenido en la naturaleza o en el concepto de una cosa, es lo mismo que decir que este atributo es verdadero de esta cosa, y que se está seguro de que existe en ella."

"Es así que la existencia necesaria está contenida en naturaleza y<sup>12</sup> en el concepto de Dios; luego es cierto decir que la existencia necesaria está en Dios, o que Dios existe" (1)

Esta demostración que según Leibnitz bebió Descartes en sus estudios de la Fleche, pertenece originariamente a S. Anselmo. Para exponer sin embargo, cuanto se ha modificado en manos del padre de la moderna filosofía, hasta observando en su sencillez primitiva. "Es imposible, dice S. Anselmo, el ser que Dios no exista, porque Dios es por definición, un ser tal cual no puede conseguirse más grande. Es así que puede concebir un ser tal que sea imposible pensar que no existe, y que este ser evidentemente superior a aquel cuya no existencia puede suponer; luego si se admitiera que es posible pensar que Dios no existen, habría un ser mayor que en Dios, es decir un ser mayor que el ser tal cual no puede conseguirse más grande lo que es un gran absurdo(2)

Como se ve, el fondo del argumento se haya aquí: si yo consigo Dios como el ser perfecto por excelencia, no puedo negarle la existencia, que es en sí una perfección.

Muy impugnada ha sido esta prueba cuya importancia metafísica divide todavía a los filósofos modernos. En medio de las disputas que ha dado lugar pueden señalarse dos puntos generales en que parecen concurrir la mayor parte de las objeciones.

Es legítimo deducir la existencia real y necesaria del ser perfecto de su<sup>13</sup> simple posibilidad; pero ¿existe esta? Demuéstrese que el concepto de Dios no encierra

---

<sup>11</sup> Inicio de folio 343

<sup>12</sup> Inicio de folio 344 (1) Reponses aux secondes objections

contradicción y será lícito seguir su realidad. Tal es la primera.

Pero es fácil responder a ella. La idea de Dios, considerado como existencia formal no es susceptible de limitación alguna. Siendo, como es, la plenitud de la realidad objetiva, sólo entran en él positivamente los atributos de la existencia, entre los cuales no puede haber repugnancia; de donde nace que en el seno de su naturaleza infinita la contradicción no tiene cabida, pues sólo será posible si entrara a constituirlos elementos encontrados.

La segunda objeción, propuesto por Kant, hiere mucho más directamente la cuestión: de que no pueda conseguirse la posibilidad de la existencia de Dios, en concebir enseguida su realidad necesaria, no se sigue que Dios exista. Suprímase juntamente es los dos términos de los cuales uno se da de antemano por sentado y no resultará contradicción alguna.

A la inteligencia profundamente analítica de Descartes no podía escapar la previsión de este argumento que, aunque formulado a siglo y medio de distancia, de sin embargo replicado por él en un pasaje de la meditación quinta que carece (...) <sup>14</sup> de ello de la merecida celebridad. Pero esta respuesta anticipada que bastaría por sí sola para llamar la atención de cualquiera sobre la parte sofisticada del argumento de Kant, no fue <sup>15</sup> obstáculo para que este autor, por muchos títulos ilustres, continuará atacando la prueba cartesiana. "Cuando decimos, continúa, de tal cual cosa que miramos como posible que esta cosa existe ¿qué especie de proposición hacemos? ¿Es una proposición analítica o una proposición sintética? Es si es una proposición analítica afirmando la existencia de la cosa, no añadimos nada a la idea que tenemos de ella, y por consiguiente no afirmamos esta existencia sino porque ya está en la idea que tenemos de la cosa misma, lo cual no es más que una repetición y no prueba en manera alguna que exista la cosa de que se trata, aún cuando no está dada ya consistente. ¿Decimos al contrario que la proposición que, afirma la existencia de la cosa es sintética?, pues entonces no hay, contradicción ninguna en suprimir el predicador de la existencia?"

He aquí la objeción kantiana llevada a su grado mayor de fuerza lógica. Los conceptos que la exornan en el pasaje de que la he extraído, unidos al nombre de su autor y a la brillantez con que se encuentra aducida, le dan un valor indispensable y pueden servir de excusa a la ofuscación de Mr. Saisset que en su tratado de teodicea es anexo al manual de filosofía de Jules Simon, no vacila en admitir la como decisiva. Estoy muy lejos, a pesar de todo, de creer que se haya dicho en este asunto la última palabra y mucho menos que esta última palabra corresponda a Kant.

La proposición en que inferimos la existencia de Dios de su simple posibilidad, es una proposición analítica ¿Qué hay con ello? Para, deducir de allí que es inútil y redundante, es necesario desconocer el significado de las palabras y la importancia de las ideas.

<sup>13</sup> (2) Proslogium, Cap (III) Inicio de folio 345

<sup>14</sup> En el texto original dice:

<sup>15</sup> Inicio de folio 346

Los juicios en que se afirma para cualquier sujeto la verdad de un atributo pueden ser de dos especies: analíticos y sintéticos; son de la primera cuando el concepto del atributo nace necesaria y simplemente de la naturaleza del sujeto, de tal manera que el atributo es pensado sin la..... de otra noción extraña al conocimiento del sujeto; son de la segunda cuando el concepto del atributo se liga a la naturaleza del sujeto por conocimiento posterior, es decir cuando no se le habría podido deducir de la sola idea de que él.

Sentado esto, es muy erróneo afirmar que las proposiciones analíticas nada prueben, sirviendo ellas, como sirve para desarrollar la naturaleza del sujeto, dándonos el conocimiento de atributos que aunque contenidos en él, pudieron no haberse presentado en el primer momento a nuestra inteligencia o haberse presentado oscuramente. Cuando digo que la suma de los tres ángulos de un triángulo vale dos rectos, hago una proposición analítica, y la hago también cuando afirmo que los cuerpos son divisibles. Si bien se examina, todas las verdades geométricas son proposiciones analíticas en cuanto no hacen más que desenvolver propiedades contenidas en la ciencia de los sujetos a que se refieren; y es un error trascendental de Kant el haber afirmado como lo hizo, que son sintéticas. Todas ellas pueden obtenerse sin salir del yo y con sólo el análisis de la noción del sujeto. Y en verdad sería curioso afirmar que nada prueban las proposiciones geométricas. Sólo para la inteligencia infinita pueden ser inútiles las proposiciones analíticas, porque ella ve con pleno conocimiento las múltiples propiedades del sujeto universal en un instante e indivisible y único, para ella no hay grados en el conocimiento y es por eso que la luz de su mirada ilumina las últimas profundidades del ser, adquiriendo por intuición inmediata el concepto de la cosa. Pero para la inteligencia humana organizada tal como se encuentran, las proposiciones analíticas representan precisamente la suma de verdad absoluta que le está concedida, en cuanto se refieren a relaciones tan invariables como las esencias de los seres.

No admito pues, ni admitiré jamás, la inutilidad y redundancia de las proposiciones analíticas que tan dogmáticamente establece Mr. Saisset en su teodicea, siguiendo los bueyes del filósofo de Koenigsberg. Tanto valdría afirmar que ninguna importancia tiene a los ojos del propietario el tesoro encontrado en su heredad por que nada nuevo añade a su patrimonio; era suyo desde que fue propietario del terreno.

Es así como, para mí, este momento: *Ens ex cujus essentia sequitur existentia*, si est possibile, id est, si habet essentiam, existit. Atque *Deus est ens ex cujus essentia requiritur existentia*. Ergo, *Deus si est possibilis existit*- es verdadero de toda verdad; y probable la posibilidad del concepto y la no existencia de contradicción en él, es decisivo, constituyendo la más fuerte de las pruebas ontológicas y la más bella indudablemente, en cuanto partimos para establecerla del puro concepto del Ser Supremo. Nada importa que él contenga una proposición analítica, porque en virtud de ella precisamente, el atributo de la existencia que se encontraba contenido en el concepto de Dios y que no parecía inmediatamente a la visión nebulosa de nuestra inteligencia, aparece con deslumbradora brillantez para no borrarse luego.

Ya no comprendo, S.S. como se ha podido pasar tan de ligero sobre este argumento notable, y como inteligencia tan claras y numerosas (Hallam entre otros) ateniendo seres sólo el fallo de Emmanuel Kant, han podido calificarlo de sofisticado.

He aquí el argumento de Descartes completamente redondeado: por una parte, Dios es posible, por otra, esta posibilidad implica su existencia ¿qué responder a prueba tan concluyente?

Hasta aquí Descartes sólo ha probado la existencia del yo y de Dios, causa del yo, faltale un tercer término. ¿Como volver a del ser increado para demostrar la verdad de la materia? Muy fácilmente. Dios es por el supuesto un ser perfecto. Repugnaria a su perfección en engañar a sus criaturas. Luego las numerosas percepciones de los sentidos deben reconocer por causa la realidad de los objetos exteriores. He aquí la síntesis de su argumentación. Estoy lejos de pretender que ella sea completa y reconozco que es posible demostrar la existencia del mundo material de una manera directa, pero es preciso admitir que tampoco merece los ataques que le han dirigido.

Encuentrase ya completo el análisis que debía conducir los a la formación sintética a del universo: el hombre, Dios, la materia, todo es verdad, todo es real y no hemos debido dudar de su existencia. Pero ¿cuál es entonces la causa de nuestros errores? ¿Por qué rodeados de la verdad y poseyendo la facultad de conocerla, nos apartamos tan frecuentemente bella? Esta es la cuestión del método en que tanto se ha distinguido Descartes por sus cuatro famosas reglas que hoy conocemos todos. El entendimiento nos engaña tal cuál es, no está en su esencia el hacerlo; somos nosotros los que inducimos erróneamente, con demasiada ligereza, y nos engañamos porque nuestro libre albedrío quiere inconsultamente.

Descartes distingue aquí las cualidades primarias de la naturaleza de las secundarias, que sólo son una modificación de aquéllas, y acentúa el hacerlo su animadversión contra la teoría aristotélica, si bien esta distinción no es creación filosófica de su sistema.

Tal es él modo como para el filósofo francés de la opinión a la duda y de esta la certeza y como desarrolla su teoría metafísica sobre los tres objetos del conocimiento. Voy a procurar en cuanto me sea posible y ello no importe atrevimiento juzgar al gran pensador.

Michelet eso "examen crítico de la metafísica de Aristóteles" ha dicho que Descartes creó la filosofía libre de los tiempos modernos. No obstante las invectivas violentas de Gioverti, es necesario convenir en que la frase del autor antes citado encierra una gran verdad. Descartes empieza por averiguar si estamos ciertos de algo, porque esa pregunta debe contenerse en la primera página de dicho sistema filosófico. El espectáculo grandioso del pensamiento humano investigando el porque de sus creencias, no se habría hasta entonces a la Europa ocupada de continuo en la discusión estéril y Mendoza de lugares teológicos. No es necesario, S.S. trace a vuestros ojos el cuadro del movimiento intelectual de las sociedades de esa época, para que recordéis el servilismo absoluto con que se admitía en las escuelas todo ese hacinamiento confuso de doctrinas griegas importadas de Bisancio, a que acababa de dar más brillo y estabilidad el llamado siglo del renacimiento. Pues bien, cuando nadie se hubiera atrevido a pensar sin tacha de ignorante y de algo mas, de modo distinto que Aristóteles, cuando el organón y las categorías formaban el credo filosófico de los hombres de todo un continente, hubo una inteligencia bastante osada para decir porque, y bastante hábil para formar escuela.

Y no se me hable de que la libertad es distinta del libertinaje, ni se pretende aprobar como lo ensayan en Gioverti que en Descartes debe hallarse la afiliación de Espinoza. Es una gran inexactitud afirmar como lo hace muchos, que el espinosismo un es la continuación del sistema cartesiano, cuando ese mismo Espinoza establece, apuntando manifiestamente Bacon y Descartes, que es un error proceder en filosofía de lo relativo a lo absoluto, del hombre a Dios. Yo sé perfectamente, como sabeis vosotros, que filósofo holandés tomó a Descartes la mayor parte de sus principios generales; pero no es precisamente en ellos sino en el método geométrico que les aplicó en la fuerza sofística de su deducción, donde se encuentra el error que todos deploramos. Dado un cierto desarrollo en las ideas toda doctrina por absurda que sea su objetivo principal necesita partir de principios conocidos que no choquen al sentir común y que encierren sino la verdad, verosimilitud al menos. Jamás el error ha sido tan completo que haya abrazado los preliminares del sistema, jamás la observación ha sido tan que haya negado un rayo de luz a la pretendida unión de los resplandores del sol. Este es toda la culpa de Descartes; haber establecido principios verdaderos de que el extravió de un filósofo dedujo errores monstruosos.

Hay quien mire como una inconsecuencia, mejor dicho, como una dualidad incompatible la concepción de un filósofo cristiano ensayando la duda universal <sup>16</sup>. yo respondería a este aquéllas hermosas palabras de San Anselmo: *credo sed intelligere desidero... Illi rationem quaerunt quia non credunt, nos vero quia credimus*. Por otra parte, el escepticismo temporal de Descartes es puramente especulativo. Quien no ha hecho lo mismo al demostrar un teorema cualquiera de geometría? ¿Qué otra cosa es la demostración *ab absurdum* de todos conocida? Pero de una suposición hipotética absolutamente abstracta a la creencia de lo que ella envuelve hay tanta distancia que maravilla el encontrar fundada una inculpación sobre tan fútil base.

El principio fundamental de la filosofía cartesiana es una fórmula algebraica: *cogito ergo sum*, vigorosa condensación de un sistema vigoroso. Como quiera que él contienen virtualmente la suma de verdad desarrollada en este, voy a examinar sumariamente la significación filosófica que entrañan.

En todo tiempo la naturaleza humana ha sido fuente segura de verdad para la creencia, que, más o menos antropológica ha debido guiarse siempre por el *nosce te ipsum* del Sócrates ateniense; y la filosofía más que otra rama cualquiera de la realidad conocible ha debido encontrar su norte y faro en el examen del alma. Pero hasta qué punto el testimonio psicológico puede ser fundamentos de una ciencia? El carácter general de los datos de la conciencia es la limitación y la individualidad; son hechos aislados que nada prueban más allá de su existencia, hechos que no pueden trasladar su acción a otro instante del tiempo que el cortísimo en que se verifican. Como un sistema de filosofía reposará todo entero sobre un hecho particular, verdad de segundo orden, desprovista de analogías, de afinidades tal vez?

<sup>16</sup> Sería muy curioso y agradable saber como se pueden abrazar con la firme persuasión en que consiste la fe y poner en practica como el ardor y celo de la caridad, los dogmas y preceptos divinos y eclesiásticos, sin admitir la propia existencia y la del mundo exterior. La imposibilidad es tan palpable y Icara que un niño se haria cargo de ella...(Gioverti. Introducción al estudio de la filosofía)

Hay un error grandísimo en prejuzgar ligeramente sobre la importancia ontológica de una verdad cualquiera. Todo ser encierra en sí tanta realidad como otro, sea el que sea sin que pueda asignarse medio alguno entre la nada y el ser, no hay fines, no hay grados en la existencia y no las hay por lo mismo en la verdad que en el orden metafísico no se distingue de aquella; es decir que todo verdad vale tanto como otra en la esfera de prueba que su naturaleza de marca. Es así como el ser peligroso ser quien ejercerá fines sin esa zona hecho más limitado puede establecer por sí solo la certeza de otro hecho limitado también, pero que no por eso puede conducirnos menos a la ..... de nociones generales.

Sentado esto y reconocido como se encuentra por todos que Descartes no abuso del testimonio de la conciencia, usandolo tan sólo dentro de las órbitas de conocimiento a que tenía derecho, no es posible concluir nada contra el partiendo de la limitación del principio que es base de su sistema.

Ahora, este mismo principio considerado en sí, prueba lo que Descartes pretende aprobar con él, esto es su propia existencia? Distingamos. Si se le requiere considerar como un entimema. En que la mayor: todo lo que prima existe, está callada, no. Pero si se le considerar como la manifestación externa de una visión intelectual clarísima en la cual el hecho del pensamiento muestra, que no demuestra, la realidad del yo, entonces sí.

Un primer principio de filosofía no es ni puede ser jamás un psicologismo, porque viéndolo, no constituirá por lo mismo el último eslabón de la cadena retrospectiva que el pensamiento recorre, cuando al buscar una verdad primaria va rechazando las nociones secundarias que les sale al camino. Todo verdad silogística, por el hecho de ser tal, se encuentra subordinada a principios generales que preside sin encadenamiento a la premisa mayor y que, por esto, gozan respecto de ella de una superioridad ontológica en cuanto a que son más generales, que es imposible desconocer. Bajo la forma deductiva es imposible pues pensar en el principio de Descartes como base de un sistema, porque, o había que admitir la evidencia de la mayor; todo lo que piensan existe, lo que significaría establecer sin demostración de existencia de una verdad anterior y por consiguiente salirse de la cuestión, o habría que empeñarse en la demostración de dicha premisa, que nos llevaría de grado en grado hasta lo indemostrable, y que en todo caso, arrojaría como conclusión de existencia de un principio anterior y más general, pues que se le encontraba más allá que el famoso entimema.

Pero si algunas veces llevado del espíritu general de su época, prensa Descartes en formar un silogismo es menester hacerle justicia reconociendo que en la exposición final de su filosofía, contenida en las numerosas respuestas que dio a las objeciones que se le hacía, se recogió explícitamente, afirmando que en principio contenían sólo la consignación de un hecho de conciencia. Por una simple inspección del espíritu veo que pienso y de una manera seguida e inmediata que existo. Tal es su manera última de racionalizar en este asunto.

Así considerado el principio de Descartes, como la evidencia de nuestra realidad ante el espectáculo de la actividad interior, es de completa verdad; y no se objete que en él nace de idea de la existencia del yo a consecuencia de la primera puesto que le es



posterior y relacionada; porque esta (la sucesión) es condición indispensable de nuestro modo de ser y una simple relación de tiempo no arguye relación de causa. Si la conformación de nuestra naturaleza admitiera el ejercicio simultáneo de nuestra actividad en diferentes sentidos, uno sería el acto en que percibiríamos el yo pensado y al yo existiendo, como fases distintas de un solo fenómeno.

Tal es, S.S. a grandes rasgos la filosofía de Descartes, construcción acabada de un talento tan profundo en el análisis como riguroso en la síntesis. He prescindido de las opiniones singulares que este autor abrigaba en algunos puntos, porque la historia de la filosofía nada avanza con la exposición de pequeñas debilidades.

Manuel Belisario Barriga

VB

Sebastián Lorente